

En suma y por desgracia, no por sus obras, verdaderamente francesas y llenas de vida, por sus retratos, por sus asuntos de historia moderna, en que la pintura histórica vuelve á la pintura de las costumbres, no por esto ejerció cierta influencia en su época, sino por sus composiciones antiguas y académicas y por su enseñanza.

Si durante los años del imperio, se pintaron muchos cuadros de batallas, las circunstancias tuvieron la culpa, él lo deploró grandemente repitiendo sin cesar que los pintores no están en este bajo mundo para representar botas y plumeros y dándose golpes de pecho por haber debido él también sufrir el movimiento en su *Coronación imperial*.

Sus discípulos, con maneras diferentes y talentos desiguales, se adhieren todos á su ideal, á lo menos en teoría. Expresar la vida humana en su sencillez les parece cosa baja, extraña al arte. Cuando condescienden y reproducen un hecho moderno, es por necesidad despreciable ó por olvido de su dignidad. Gros, que ha hecho obras maestras en el género militar porque ha visto la guerra de cerca, se reprocha al fin de su carrera haber pintado las victorias de Napoleón más bien que las de Alejandro.

No hablo de Gerard, pintor fácil y superficial, retratista hábil y agradable, de quien hay en la Exposición centenaria el gracioso retrato en pie de Mma. Recamier. Gerard acepta todos los encargos, pero vuelve siempre á la mitología.

Girodet, más insulso, nutrido de ideas literarias, procura comunicar no sé qué sutiles impresiones del dominio poético y se mantiene en la tradición idealista.

Ingres vive en un sueño de plasticidad pura, dibujando como realista, pintando como idealista, deshaciendo por tradición lo que por observación ha hecho, desplegando en sus retratos cualidades admirables y mortalmente frío en sus pinturas de historia.

A todo esto ¿dónde está el espíritu nacional? Todos estos pintores hacen bellos retratos y á veces bellos cuadros bajo la impresión de hechos contemporáneos; pero se aferran á las tesis antiguas y á las tesis italianas sin relación con nuestras costumbres ni con nuestros gustos. ¡Qué grande y doloroso desperdicio de facultades, de ciencia, de buena voluntad, de esfuerzos en esa escuela francesa originada de David! Es una verdadera lástima.

Indiquemos aquí algunos lienzos. Un buen retrato de Pagnets. — Pagnets fué un discípulo de David, que murió muy joven y salió un gran pintor. Es un busto de vieja con su plegado gorro, dibujado con la más rara firmeza y muy bien retocado.

El retrato un poco más decorativo del general conde de Lariboisière, de gran gala, con su dormán flotante, en primer término de un campo de batalla ó campo de maniobras, cuyo autor es Gros. Pero á dos pasos más allá se ve una obra de completa humanidad, de noble sentimiento, de magnífico estilo, debida al mismo autor y titulada: *La partida de Luis XVIII de las Tullerías, la noche del 20 de marzo de 1815*. El color ha podido oscurecerse á consecuencia de prácticas defectuosas; pero ¡cuán firme es la pintura y cuánto impresiona el cuadro! Raya el alba, el cielo palidece y el monarca baja la escalera del palacio á la luz de las antorchas. En el vestíbulo lo detienen servidores y soldados. Nada más bello que la turbación de la real servidumbre, la afectada calma de los generales y el paso tardo, la fisonomía resignada, la majestad verdadera del rey proscrito de su reino. El pintor que se enternece ante los muertos y heridos de Eylau, se enternece también ante este real infortunio. La emoción lo sustrae otra vez más á lo convencional. ¡Ah! ¿por qué dijo David á los artistas: «No viváis?» Nó, no hay arte profundo, arte de humanidad para quien no consiente en vivir.

Puesto que se trata de Gros, sabed el pesar que siento. Hay en el museo de Tolosa

un lienzo suyo, que fué su última obra y que causó su muerte: *Hércules haciendo que devoraran á Diomedes sus propios caballos*. Hubiera querido encontrar en la Exposición centenaria, á título de enseñanza, esta gigantesca y deplorable composición. Tal era la turbación traída á los cerebros por las lecciones del autor de los *Horacios* que el más altivo de sus discípulos iba á renegar de su gloriosa carrera y afligir al mismo tiempo á sus admiradores con su vuelta monstruosa al academismo.

Ante este inverosímil lienzo se hubiera comprendido la profundidad del mal causado por el maestro clásico, y se habría representado el curioso con tristeza al pobre Gros, gran artista iluso, desorientado por las justas críticas que flagela-

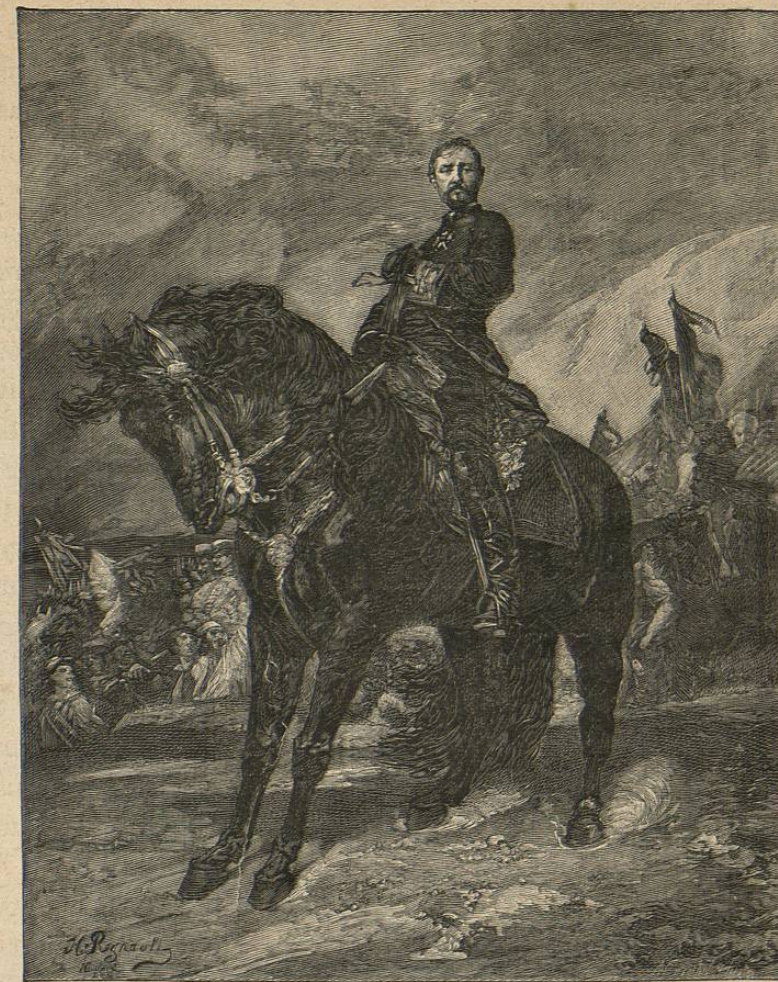
ban su obra, siguiendo la margen del Sena hasta enfrente del Bajo Meudon, clavando su bastón en la arena y tendiéndose boca abajo y con los brazos cruzados para morir.

Aquel *Hércules y Diomedes* fué el acta de acusación más sangrienta contra la influencia y las doctrinas académicas. Un hombre como Gros les debió el olvido de sí mismo y la vergüenza de su fin.

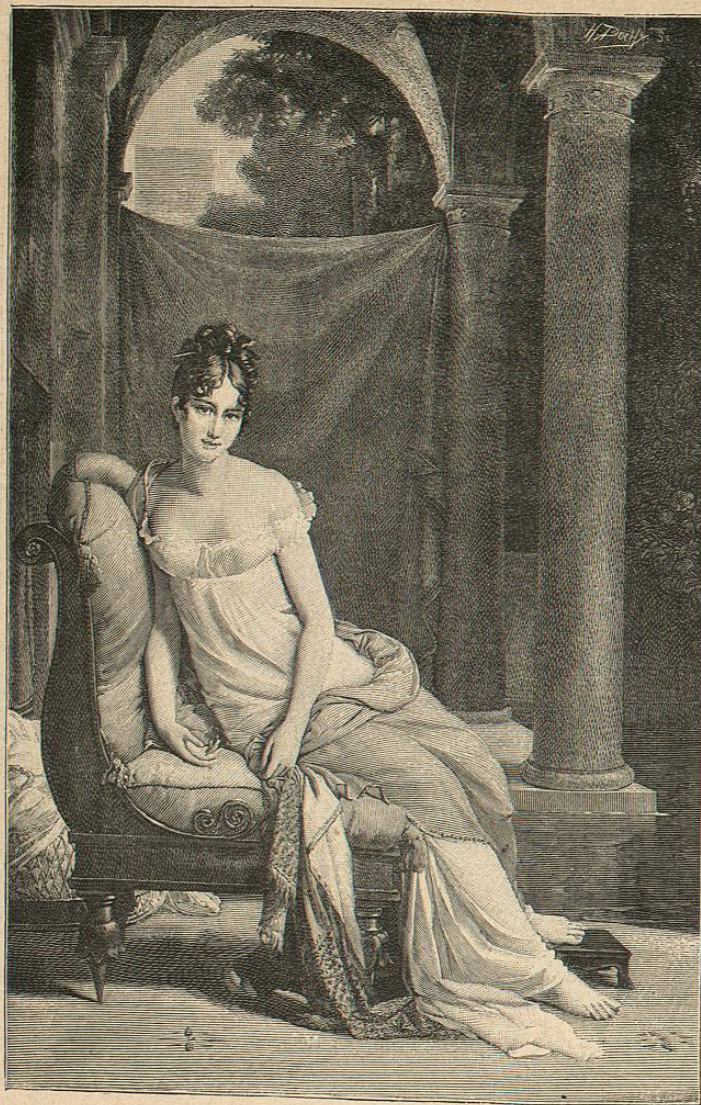
Pero continuemos visitando este salón del arte del siglo.

Ingres viene á su turno. No me gusta su *Napoleón legislador*, sentado en su trono con su manto de púrpura sembrado de abejas de oro. Es sólo un pomposo alarde de pintura oficial. No me gusta *Tetis á los pies de Júpiter*, que no es otra cosa que una pomposa muestra de pintura académica, en que la imagen del dios hace sonreír, en que el desnudo cuerpo de la diosa afecta una flexibilidad amanerada. Ni me gusta tampoco su *Martirio de San Sinfiriano*, con aquellos lictores de musculatura exagerada por un mediano anatómico y con su composición convencional y puramente italiana.

Ciertamente es Ingres pintor de mérito superior, pero las más de las veces es frío y engendra el fastidio. Naturalista al trazar sus croquis, cae en todos los artificios del idealismo cuando pinta cuadros. Sus retratos tienen más franqueza: se cree en el deber de luchar con la naturaleza, observa y reproduce sus modelos. Académico de alma, la verdad lo arranca á sus hábitos, cuando tiene delante una figura de su país. ¿Cómo no se ha



El general Prim, por Regnault



Mma. Recamier, por Gerard

aun un pintor militar (*Entrevista de Napoleón y del emperador de Austria delante de Viena.*)

Su alegoría tenía grandeza, su cuadro militar era ridículo, pero su talento no lo abandonaba á pesar de todo. Véase en el Campo de Marte, su *Ninfa y los Amores*, cuadro lleno de gracia lánguida y sincera, y de una ejecución fácil y corregiana

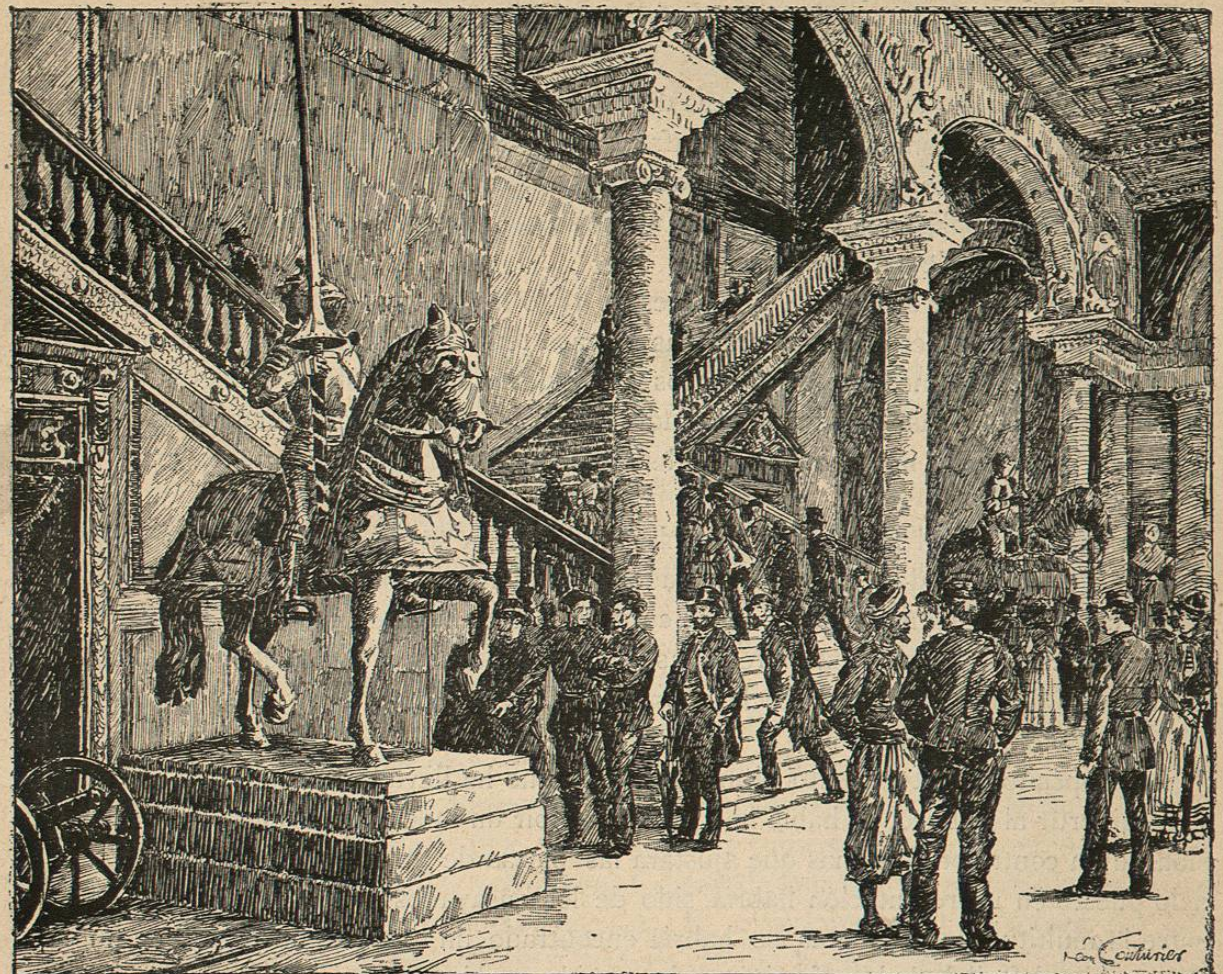
Pero á su lado véanse los retratos de Mma. Copia y de M. Antony (del Museo de Dijon). No cabe más penetración en la inteligencia de un tipo ni más delicadeza en la ejecución.

Así pues, cualesquiera que sean los extravíos de la pintura francesa, vemos nuestro espíritu nacional esforzándose siempre en reconquistar, en emancipar poco á poco á nuestros artistas de las concepciones extranjeras. Cuando se dejan llevar de su temperamento, son realistas y originales. La influencia italo-romana es lo que ha comprometido entre nosotros, por espacio de muchos años, nuestra originalidad estética. Pero la opresión ha sido tan terrible que sólo una revolución podrá barrer las verdaderas tradiciones. Esta revolución va á estallar: es el romanticismo.

L. de FOURCAUD.

dicho nunca que todo cuadro es el retrato de ciertos personajes en determinada acción? El retrato es el fondo mismo de la pintura de historia.

En Francia, más que en otra parte, la mayoría de los maestros son ante todo retratistas. Nada he dicho de Prud'hon, soñador, maestro exquisito, individualidad que se desprendió del espíritu neo-antiguo de fines del siglo XVIII y cuya pintura se nos presenta á principios de este siglo como la elegía del antiguo régimen. Los admiradores de David habían desconocido á este encantador de genio tierno y triste, y no debían haberlo desconocido. Prud'hon no pudo sustraerse más que otro á la influencia de la antigüedad; pero á lo menos, habíamos procurado visiones personales, evocaciones libres, extrañas á las fórmulas trilladas, envueltas en el más maravilloso claro-oscuro. Las circunstancias habían hecho de él un pintor de alegoría (la *Justicia persiguiendo al Crimen*) y



Peristilo del Palacio de la Guerra

EXPOSICIÓN DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

I

ARTILLERÍA. — INGENIEROS. — MARINA.

Aun antes de que se abriera la Exposición del Ministerio de la Guerra, había preocupado ya la opinión, y después de su apertura, excita más todavía la curiosidad pública.

Todo lo que atañe á la defensa nacional apasiona á la multitud, y cuando en marzo de 1888 se supo que las Cámaras habían votado un crédito de 800.000 francos para que representara dignamente á Francia en la Exposición el ramo de Guerra, muchas personas hubieron de empezar por indignarse.

— ¡Cómo! decían, ¿se van á entregar nuestros secretos al primero que venga, sea de Berlín ó de Roma!

Nada absolutamente se ha entregado. El Ministerio no quiere en este asunto engañar á nadie, y á los pretendientes de datos ó de autorizaciones para sacar croquis ó diseños, recomienda decir en todos los tonos que no se ha revelado nada que no lo estu-